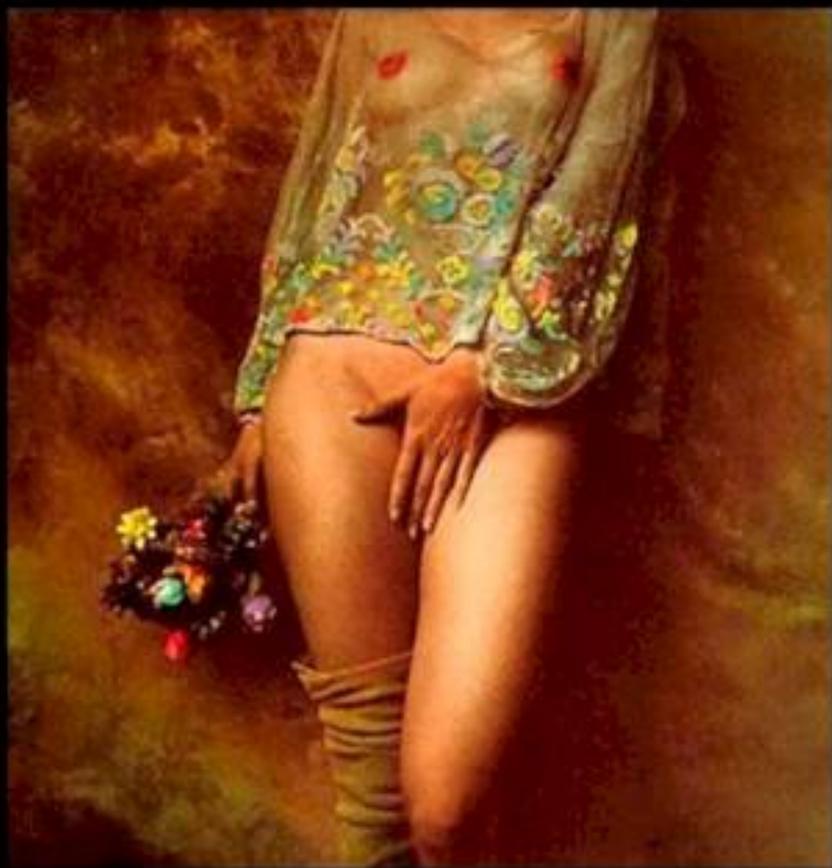


JUAN MANUEL DE PRADA



COÑOS

Para quienes aún entienden que la literatura y la diversión no deben andar reñidas ha escrito Juan Manuel de Prada este libro, una pieza insólita en el panorama editorial de nuestro país que, sin duda, promoverá adhesiones feroces y exabruptos no menos feroces. Entre la narración lírica y el poema en prosa, entre el disparate y la delicadeza, entre la escritura automática y la orfebrería del idioma, coños constituye un homenaje a la mujer y a la literatura, que aspira a la celebración episódica del cuerpo femenino, a la divinización obsesiva de las mujeres a través de las palabras, y muestra al lector que la diversidad es sólo un camino hacia la unidad íntima de la mujer. Burlándose de los géneros, entremezclando lúdicamente el fragmento lírico con las memorias apócrifas, la prosa de estirpe clásica con un humor tributario de las vanguardias, Juan Manuel de Prada nos sirve, en un estilo propio, millonario de metáforas, un libro que podría adscribirse a un género nuevo o excluirse de toda adscripción.

Prehistoria y noticia de un libro de coños

Un breve anticipo de *Coños*, de Juan Manuel de Prada, fue publicado de forma casi clandestina y deliciosamente provocadora en las divertidas galeradas de Ediciones Virtuales (EE W, Salamanca, 1994). De esta curiosa edición no venal, hoy definitivamente agotada, se hicieron tres reimpressiones más a lo largo de ese año, todas ellas de cincuenta ejemplares, salvo la última, de 69, numerados y firmados por el autor. Incluía «Los anticipos del coño», «El coño de las desconocidas», «El coño de las vírgenes», «La vecina de enfrente», «El coño de la tenista», «Refutación de Henry Miller», «El coño de las niñas», «Tascar un coño», «El coño de las viudas», «El coño de las putas» y «Coños en la morgue», con dibujos de mujeres desnudas en posturas risueñas, ingenuas o deportivas, y una llamativa portada con la imagen de Melusina.

A pesar de tratarse de una edición casera y muy restringida, desde entonces ha circulado de mano en mano y de boca en boca, en original o en fotocopia, por diferentes lugares de esta y otras geografías. Reseñado en periódicos y revistas, comentado en tertulias y radios libres, glosado por entusiastas y anónimos lectores, y apreciado por poetas, escritores y especialistas en literatura erótica (Rafael Alberti, Luís García Berlanga, Luís Alberto de Cuenca, Abelardo Linares, Gonzalo Santonja, Víctor Infantes...), *Coños* ha llegado a convertirse en objeto de devoción y culto entre unos pocos iniciados en los misterios gozosos del coño.

Hacía falta, pues, una edición al fin completa y al alcance de todos como la que hoy nos ofrece, con su habitual pulcritud, calidad de diseño y elegancia, VALDEMAR. En ella encontrará el lector de cualquier sexo ese libro que tanto deseaba y nunca se atrevió a imaginar.

Libro sin precedentes en la literatura española, *Coños* fue concebido por su autor, en un principio, como un homenaje a Ramón Gómez de la Serna, autor, como se sabe, de unos célebres *Senos* (Imprenta Latina, 1917). Poco tienen que ver, sin embargo, estos *Coños* con aquellos *Senos*, salvo su pertenencia al mismo campo semántico, su espíritu lúdico y su carácter monográfico. Según ha precisado, en este sentido, el escritor Juan Bonilla, el libro de Juan Manuel de Prada «es algo más que un homenaje a Ramón Gómez de la Serna: es un homenaje a la literatura y otro a las mujeres, dos de las cosas que siguen haciendo apetecible este ejercicio de vivir».

Pero *Coños* no es un libro escrito sólo para hombres. Tampoco es, claro está, un espejo de mujeres. Ni un manual de educación sexual. Ni un prontuario de ginecología. Ni, mucho menos, un simple opúsculo pornográfico. A pesar de su título, estos *Coños* no tienen género conocido. La única etiqueta que les cuadra es la de libro insólito, no tanto por el tema como por el modo de tratarlo, a mitad de camino entre lo narrativo y lo lírico, el cuento y la poesía, con la brevedad y el matiz, la variedad y el esmero que siempre exige materia tan sagrada.

(*Luís Carda Jambrina*)

En libros como este, todo se inicia sinceramente, sin abrumar a mis lectores, pues yo repudio los lectores que necesitan encontrar llena de cilicios y penitencias la lectura; éstos, para ciertos escritores, para los de fama antipática, para los que son adversos al género humano y a la amabilidad, y que así es como, sin embargo, avasallan al lector.

(Ramón Gómez de la Serna)

Los anticipos del coño

Pasa el año y las facciones de Nuria se van desgastando, hasta que ya sólo sobrevive el triángulo isósceles que forman su pubis y la materia frondosa de sus sobacos, que no se los afeita nunca. Cuando llega el mes de agosto, la llamo por teléfono y me cito con ella para tomar un refresco en cualquier cafetería de la plaza. A Nuria este calor bochornoso del verano le produce sofocos y la saca casi desnuda a la calle, con un vestidito floreado de tirantes que le deja al natural un mordisco enorme de espalda, una superficie amplia de piel que mis manos hubiesen querido acariciar, pero no se atreven. Nuria llega casi media hora tarde a la cita, y su tardanza me llena de ese desasosiego levemente sexual que producen las postergaciones, pero cuando la veo aparecer, bajo un sol inclemente y redondo, caminar con dificultades de anciana (y eso que Nuria es joven, muy joven, pero el calor la avejenta), me reconcilio con el mundo y aguardo el instante en que, alargando sus brazos de porcelana, me tomará de los hombros y me dará un par de besos castos, uno en cada mejilla. Yo, entonces, aprovecharé para desviar la mirada hacia sus axilas, hacia esos penachos, intonsos y tupidísimos, que Nuria siempre lleva, y los imaginaré como anticipos del coño (el coño de Nuria, que siempre me ha sido vedado), como coños excedentes que, a falta de sitio en la entrepierna, han venido a alojarse a la sombra del brazo, en una espera acechante que algún día dará fruto y los restituirá al lugar al que pertenecen. Los sobacos de Nuria, misteriosos de tanto pelo que les asoma, me guiñan su ojo ciego en cuanto ella se despista, con una

morosidad de párpados que caen para mostrar una pestaña inverosímil de tan peluda. Después del refresco, Nuria pre-texta labores domésticas y se pierde en la arquitectura incendiada de la plaza. Son las cinco de la tarde de un día cualquiera de agosto, hace un calor pacífico, y Nuria se aleja como derritiéndose bajo el sol, con el vestido de tirantes que le transparenta unas bragas que no tiene y la materia frondosa de sus sobacos que forman triángulo isósceles con el vértice del coño. Yo la sigo con la mirada hasta que desaparece y deseo que le dé un soponcio en mitad de la plaza (el calor marchita a Nuria), para correr a recogerla entre mis manos, levantarla del suelo tomándola por las axilas y sentir el contacto intrépido y sudoroso de esos dos coños suplentes que algún día tendrán su alternativa.

El coño de alquiler

El coño de alquiler es un coño doblemente cálido, con ovarios como soles y un sistema de calefacción central. Sólo así se explica que pueda devolver a la vida a ese embrión que ha permanecido congelado durante años en el frigorífico de un laboratorio, entre otros embriones gemelos y un paquete de empanadillas de bonito. Los médicos del laboratorio freían las empanadillas en una sartén, para entretener las noches de guardia, y, a veces, por descuido, caía un embrión al aceite chisporroteante, y quedaba ya inutilizado para las manipulaciones genéticas. El coño de alquiler recibe los embriones que se salvaron del achicharramiento, esos embriones que se quedaron, de repente, huérfanos de útero, porque su verdadera madre padecía malformaciones o pereza o pavor al parto. El coño de alquiler recibe los embriones, recién salidos del tubo de ensayo o de la bolsa de empanadillas, humeantes de frío, y los ablanda con su temperatura de cincuenta grados centígrados, hasta hacerlos germinar, y los cocina a fuego lento durante nueve meses, y los sobredora, y los churrusca (luego, el niño nace moreno y con el pelo rizado). El coño de alquiler es un coño mercenario, pero por lo demás simpático, que trata a los embriones con un mimo que excede la maternidad adoptiva, y les ofrece su vivienda con manutención y radiadores incluidos en el precio. Tengo amigas que se ganan la vida como madres de alquiler (el trabajo no es una sinecura, se lo aseguro), amigas bondadosas que van regando el mundo de hijos anónimos y rejuveneciendo la población (sólo por ello, merecerían el aplauso de los go-

biernos). Mis amigas las madres de alquiler no corren peligro de quedarse embarazadas, porque otros ya las embarazaron antes, y me abren su coño nodriza, alambicado de calores, como un invernadero para fetos. El coño de las madres de alquiler es un coño marsupial, un coño que transporta, por avenidas de silencio, a ese embrión que ya abulta bajo el vientre. El coño de las madres de alquiler, hospedería de hijos foráneos, anula con su calor el hielo de los frigoríficos, y con su olor de carne samaritana, el olor de las empanadillas que los médicos del laboratorio guardaban junto a los tubos de ensayo. Alguien debería erigir un monumento a estos coños redentores de una Europa vieja y emputecida, estos coños más valiosos aún que aquellas amas de cría que aportaban su leche al primogénito de la casa ducal, para que el niño no le mordiese los pezones a la señora duquesa. Las madres de alquiler, amas de cría de esta Europa cibernética que nos ha tocado en suerte, deberían recibir el homenaje de las naciones, pero aquí ya sólo se homenajea a los futbolistas que se retiran y a los secretarios de Estado, sobre todo si son apuestos y se han revolcado por el fondo de reptiles.

La flor roja

Fue momento inaugural, el de la primera menstruación. ¡Qué entrecruzamiento de dolor e incertidumbre, de anhelos y decepciones! Siente de repente la niña, a mitad de la clase de matemáticas, un corrimiento en sus entrañas, un revolcón en sus vísceras que no sabe localizar y que la profesora diagnostica como ataque de apendicitis. El mundo circundante pierde concreción, y la niña se desangra entre vahídos, sofocada de soles que no existen, porque nos hallamos en pleno mes de diciembre. ¡Qué momento para la eternidad, el de la niña traspasada por el sable de su primera menstruación, desvanecida en brazos de esa maestra que no ve más allá de la cuadratura del círculo y el tres catorce dieciséis! ¡Qué flor de improvisada densidad el flujo que le sale de dentro y le va mojando las bragas y más tarde el pantalón vaquero! ¡Qué charco paulatino el de la primera menstruación sobre la silla del pupitre! ¡Qué planeta de sangre! Hay que esperar a que una compañera de clase (generalmente repetidora) caiga en el enigma de la hemorragia y aporte una minievax firme y segura, un tampón, una esponja, un papel secante, lo que sea, para restañar esa herida que volverá a abrirse cuando la luna complete otro ciclo. ¡Qué coño tan digno el de la niña que padece su primera menstruación! ¡Qué ovarios los suyos, íntimos y recogidos en su vientre todavía intacto, qué llanto el de la sangre luctuosa que llora por ese primer óvulo que murió sin haber sido fecundado! ¡Qué momento, Dios!

El coño de la violonchelista

Ahora que ya definitivamente las vanguardias han dejado de dar la murga, ahora que el cubismo ha engrosado el elenco de tendencias clásicas, ahora que el espíritu de Picasso dormita en algún baúl cerrado con siete llaves, aún nos queda a los nostálgicos del arte de principios de siglo el consuelo de asistir a un concierto para cuerda y ver a las violonchelistas en simbiosis con su instrumento, única imagen de cubismo que sobrevive en el mundo (dejo aparte la jeta de Rossy de Palma, demasiado equina y kitsch). ¡Qué compenetración la que existe entre el violonchelero y la mujer que arranca de sus cuerdas quejidos o murmullos o gritos exultantes! ¡Qué engarzamiento de líneas rectas y curvas, qué acoplamiento de madera y carne! Los aficionados al cubismo leemos ávidamente los programas de los conciertos de cuerda, esperando encontrar entre los miembros del cuarteto u orquesta a una violonchelista (el hombre no sirve para tañer este instrumento, no sabe extraerle esa resonancia última, expresiva de violencia o deseo, que las mujeres extraen, a poco que acerquen el coño), y pagamos sumas casi inmorales por conseguir una butaca en primera fila, al lado de la violonchelista, que tiene cara de virgen gótica y cuerpo de yegua. La violonchelista ajusta sus rodillas a la depresión de su instrumento, a esa superficie de madera alabeada, ondulante, que equivale a la cintura, lo agarra del cuello, le pinza las cuerdas vocales y le frota el pecho con el arco, hasta herirlo en el corazón y hacerle llorar un si bemol. ¡Qué pareja forman, el violonchelero y su tañedora! ¡Qué entrecruzamiento de piernas y brazos, digno

de haber sido retratado por Juan Gris! En el intermedio del concierto, vemos a la violonchelista ajustándole las clavijas a ese hombre de madera, como la mujer retuerce las orejas al amante que no responde en la cama. Luego, en el último tramo musical, después de la regañina, notamos al violonchelo menos remiso, más dispuesto a apretarse contra el regazo de la virtuosa, más proclive a inclinar el mástil sobre su garganta de virgen gótica. ¡Cuántas cosas pasarán entre el regazo de la violonchelista y la boca ciega del instrumento! ¡Cuántos trizamientos de cuerda! ¡Cuántos apretujones! Queremos imaginarnos el coño de esa mujer y no podemos (necesitaríamos el talento de Juan Gris), queremos asistir a la lucha que se desarrolla por detrás de la madera, entre las entrañas del violonchelo y las entrañas de la virtuosa, una lucha seguramente sexual, aunque discreta y de orgasmos ocultos. El coño de las violonchelistas, enfundado en unas bragas con cremallera, debe contener notas de recóndita musicalidad, corcheas y semicorcheas, fusas y semifusas como vello púbico, o quizá (su forma sugiere esta conexión) sea un metrónomo que marque el compás con su clítoris, derecha izquierda, izquierda derecha, allegro ma non troppo.

El violonchelo, a la conclusión del concierto, se desmanda, y no obedece las órdenes de ese metrónomo caliente que le dicta el ritmo, y se apropia de la voluntad de su tañedora, furioso, furiosísimo, en un clímax final que me recuerda los arrebatos de Berlioz. El coño de la violonchelista, en el barullo de aplausos que se le dedica, besa las cuerdas de su amante y resucita la estética del cubismo, frente a tanto museo de pago.

Coños Codificados

El coleccionista de coños, el filatélico que ha besado todos los coños para probar el sabor salobre de su sello de lacre (disculpen la aliteración), debe agradecer a las televisiones privadas, y más concretamente al canal de pago, el descubrimiento de un coño nuevo (o al menos ignoto: la tipología de los coños, como la tabla de los elementos químicos, admite incorporaciones). Los viernes por la noche, entre la monotonía de películas subtituladas y series que se reponen por enésima vez, el canal de pago ofrece al coleccionista de coños un motivo de regocijo: el coño codificado. Durante tres o cuatro horas seguidas (esas horas fervorosas de proyectos, populosas de fantasmas, agitadas de pesadillas, que preceden al amanecer), desfilan por la pantalla unos coños codificados, surcados de líneas transversales, como coños de rayadillo o coños que llevasen puestas unas bragas de piel de cebra. Los coños codificados del canal de pago (que aconsejamos ver, para mayor desciframiento, con los ojos achinados), aparte la novedad que suponen para el coleccionista, no discriminan a miopes ni daltónicos, puesto que son coños más bien difuminados y como desposeídos de su color, coños que ya incorporan veinte o treinta dioptrías, para que no se beneficie de su contemplación el espectador de vista sana. Los coños codificados del canal de pago congregan cada viernes a una multitud solitaria de hombres pacientes y trasnochados, hombres que prefieren la sugerencia a la crudeza genital, el jeroglífico a la anatomía, el barullo de líneas transversales a la claridad engañosa del primer plano.

Hombres, en definitiva, que jamás se abonarán al canal de pago, porque prefieren quemarse las pestañas en el escrutinio nocturno de un coño. Ya son más de un millón, según mis informaciones

Alegorías de salón

Mi señor amo, el marqués de Redondilla, organiza en el salón de su casa veladas a las que asisten invitados de su misma clase y condición, hombres suficientemente zafios, lascivos y ruines que ostentan títulos nobiliarios y gonorreas mal curadas. Para estas reuniones, mitad artísticas, mitad sicálpticas, mi señor amo ha inventado el juego de las alegorías, que no sé si calificar de chusco o sublime. Este juego consiste en ir colocando a las sirvientas en poses que representen la Prosperidad, el Arte, el Comercio, la Felicidad y otras majaderías con letra mayúscula. A mí me corresponde, como mayordomo y factótum, el adiestramiento de las sirvientas, a quienes intento insuflar cierta sensibilidad, cierta grandilocuencia en sus gestos y también cierto desparpajo que después les permita representar su papel. En el juego de las alegorías, las sirvientas han de posar desnudas, o en todo caso con el coño al aire, y dejar que mi señor amo, el marqués de Redondilla, las vaya reconociendo a tientas (antes, se habrá colocado una venda en los ojos), mientras sus invitados lo jalean. La memoria táctil que mi señor amo, el marqués de Redondilla, demuestra, deja suspensos a sus invitados, que no aciertan a explicarse semejante prodigio. En mi labor de (digámoslo sin soberbia) maestro de ceremonias, procuro asignar a cada sirvienta una alegoría que no desentone con sus peculiaridades físicas: a Berta, el ama de llaves, una señora fondona y satisfecha de su catolicismo dominical, le encomiendo la Abundancia, la Fertilidad, el Imperio y en general esos papeles que aluden a las cosechas prósperas y los designios históricos; para